

EL BALUARTE

Subscription.—Sevilla: Un mes, 2 ptas.—
Un año, 20 ptas.—Provincia: Tres meses, 7/50
Ptas.—Un año, 25 ptas.—Pago adelantado.
Número atrasado, 25 céntimos de peseta

DIARIO REPUBLICANO

REDACCION Y ADMINISTRACION

Lagar núm. 5.

NÚM. 22

Sevilla—Miércoles 28 de Enero de 1903

AÑO XXVII

Maura y las elecciones

Como no hay más asuntos que el pleito de los liberales, del que ya hemos hablado bastante, y la cuestión electoral, dejamos el primero para que ellos se tiren los trastos á la cabeza, y al segundo nos atenemos.

Maura sigue con sus alardes de sinceridad, dándose aires de dictador por cuanto se refiere al departamento que dirige, y así lo ha declarado en el *Heraldo de Madrid* en un largo artículo en que, en fuerza de protestas de sinceridad y en declaraciones de una política nueva é inspirada en miras elevadas, se descubre al polaco con todos sus vicios y con todas sus pasiones.

Maura pretende hacernos creer que no intervendrá en las elecciones, que sólo recomendará á sus amigos adictos, y que no habrá encasillados de oposición; pero Maura descubre la hilaza cuando afirma que hasta después del triunfo no se meterá con los ayuntamientos ni con los alcaldes, cuando ya es público que Maura tiene preparado un plantel de luises, que pasan de cuarenta, que deben figurar en las filas ministeriales como personalmente adictos al ministro de la Gobernación; y que de los colegios de jesuitas, de la mesnada nocedalina y de las cámaras episcopales se le han remitido relaciones nominales de personas que deben figurar como candidatos de oposición al Gobierno, para que sean debidamente encasillados, con orden expresa á los gobernadores de que los impongan á todo trance, aunque para ello tengan que ahogar á algún exministro liberal de esos á quienes odia profundamente el ministro de la Gobernación.

Por eso afirma en el *Heraldo* que las oposiciones extremas no se han quejado de su gestión, afirmación á la que los republicanos oponemos la más energética protesta; porque nosotros, complacientes, ni vamos á favorecer las miras del ministro ultramontano, como sus aliados y colaboradores neos, jesuitas y regionalistas, que es, sin duda, á quienes el ministro debe referirse; porque ni la dignidad, ni el honor, ni los respetos del país, ni nuestras convicciones, nos lo permiten.

Y allá va un ejemplo para demostrar que es una ficción y una falsia la decantada sinceridad, y una contradicción los hechos con las palabras del ministro.

En cierto distrito rural de una provincia que conoce bien S. E., y que fué feudo de su conocho el agrarista, intentó presentarse un pariente de Maura; hizo algún trabajo en cierto sentido, apoyado por otro pariente que representó el distrito, pero sólo en el nombre, porque los beneficios no se han conocido, y como los trabajos de sondaje no dieron resultado, se le borró de la lista, y ha aparecido en escena un hombre vulgarísimo, dispuesto al juego del ministro de la Gobernación, que se propone que triunfe ese candidato de filiación conservadora, que jure el cargo de diputado para completar las condiciones que le faltan para obtener un destino público y renunciar el acta de diputado, cuya vacante se anunciaría inmediatamente; y es claro: el pariente de don Antonio Maura obtendría así en segundas elecciones el acta y la investidura de diputado que se persigue.

Apunten nuestros lectores este dato, y tomen nota de esta polacada á la antigua usanza, y fiense luego de las palabras y de las promesas de sinceridad del ultramontano y vaticanista ministro de la Gobernación; y esto se hace contra un candidato republicano, de esos de quienes dice el ministro que no se han quejado de su falta de sinceridad y de su corrección ministerial; y como esto corre de boca en boca en la comarca, si se nos obliga, da-

remos nombres propios, como iremos señalando otros hechos para demostrar hasta dónde llega en ficción y en hipocresías el revolucionario desde arriba, pero con cíngulo y escapulario, en servicio del Papa y del clericalismo.

A. A.

Murmuraciones

La situación conservadora no se afianza, pero se sostiene; no presenta robustez, pero parece que se acartona como los viejos saludables.

Ni los disgustos habidos entre Maura y Villaverde, ni las divergencias surgidas entre Maura y Maura, han podido socavar la poca unidad de ese ministerio que figura un Allendalazar que, hasta la hora presente, no ha dicho todavía este ministerio es mío.

Las cuestiones electorales, que son las únicas que preocupan á los señores ministros, están á resolver en el ministerio de la Gobernación, ó sea en la oficina del gran revolucionario Maura, quien dijo en Sevilla, y en el teatro de San Fernando—¡al fin en un teatro!—que haría la revolución desde la *Gaceta*.

Posible será que entienda él por revolución hacer su santísima y jesuítica voluntad por medio de decretos.

Posible será que lo esté meditando todavía.

Hoy no han llegado telegramas relativos á la gravedad del señor Duque de Tetuán.

En completa salud aburría á la gente. ¡Qué no sucederá ahora, que tan pronto se muere como se pone bueno!

El pretendiente á la sultanía de Marruecos cuentan que lleva tras de sí, ó delante de sí, 70.000 hombres.

Si los hombres se cuentan allí por pares de babuchas... no lo dudo.

Pero, aun así y todo, me parecen muchos moros contra el sultán.

Esa noticia debe de ser de las que compran los periodistas españoles en Tánger para vendérselos por cinco céntimos. ¡Más vale! ¡Más vale!

Se ha repartido por Sevilla, por España y por el extranjero, un folleto escrito por el cura Franciso Martín Lázaro, vecino de Sevilla y misionero apostólico.

En dicho folleto se pone como chupa de dómene al arzobispo de Sevilla, demostrando su crueldad y despego para con el clero bajo.

Lo que más gracia me ha hecho es que el cura Lázaro, con la intención de un miura—¡y permíteme la comparación!—ha puesto en la portada del libro una mitra ladeada...

Como diciendo:
—No es posible que esté derecho lo que sufre tantos empujones.

El señor Montero Ríos, futuro jefe y demás del partido fusionista, se ha vuelto ahora á enfadar... ¡y con esta van dos veces, y las dos muy de verdad!... El programa presentado, y remendado, está ya discutiéndose por unos, y odiándose por los más. ¿Aquesta marimorena en dónde vendrá á parar? Es seguro que en la muerte del partido liberal.

Dicen desde Málaga:

“Al llegar á la estación de Pinos Puentes, el revisor del tren sorprendió á un sacerdote que, en unión de una guapa joven, viajaba sin billetes.

La pareja se había fugado de Granada.”

¿Cuáles serían las intenciones del cura para con la joven guapa?

¿Cuáles serían las intenciones de la joven guapa para con el cura?

¿Pueden ustedes decirme de qué lado estaría la religión?

Quiero decir:

¿Entre el cura y la joven guapa, al lado del cura, ó al lado de la joven?...

Porque, en cualquier sitio que estuviera, la religión saldría roja de vergüenza.

Opinión muy justificada acerca del general Weyler:

“No haya más el coco. Antes hizo temblar hoy haría reír. Meses después de ser ministro de la Guerra, cuando se hablaba de quién heredaría á Sagasta, se pensaba antes que en Moret, que en Montero Ríos y que en Canalejas, en el general Weyler. Ha muerto Sagasta, y se piensa antes que en Weyler en Requejo.

Dijo mil veces el general que la persona de Sagasta era la que le retenía en el fusionismo. Hicieron sospechar esas palabras que, al morir D. Práxedes, se iría con el Sr. Canalejas el bueno de D. Valeriano. Mas tan á menos ha venido, que Canalejas no le busca, no le solicita, no procura atraerle; le basta con el general Segura.

¡Pobre Weyler! Es el general de los tristes destinos; la elevación fué rápida; pero efímera: subida de cohete.

¿A dónde irá? ¿Qué hará? ¿Cuáles son sus designios? No es que nos importe. Creemos que á nadie importa saberlo. Pero, francamente, nos da pena ver al que fué ayer árbitro de la situación política sirviendo de asistente á don Segismundo Moret. Pena tan tremenda es desproporcionada á las culpas que haya podido cometer el general Weyler.

Y, sin embargo, aparte de sentimentalismos invencibles, la suerte del cuitado general le está merecida, es lógica y natural consecuencia de su conducta. Abandonó á la Patria por la monarquía; prefirió servir á Sagasta á formar un gobierno regenerador, sirviendo al país; y, ya en la pendiente, se ve obligado á ser muñidor electoral de Romanones, asistente de Moret y candidato encasillable. ¡Pobre hombre!

Precisamente concluyen diciéndole lo que no es.

¡Pobre Weyler... cuando su fortuna asciende á muchos millones de pesetas!

¡Pobres aquellos que confían en héroes de esas agallas!

La *Correspondencia de España* ha publicado el siguiente suelto:

“LOS QUE SE VISTEN DE MUJER

A las dos de la madrugada se personó en el Gobierno civil el delegado de vigilancia del distrito del Centro.

Parece que llevaba el propósito de consultar con sus jefes sobre la determinación que tenía que adoptar con el número relativamente considerable de hombres disfrazados de mujer que asistían á los bailes públicos y de máscaras.”

Castigo que yo les daría siendo gobernador:

¡Que parion!

—¿Y cómo?

Allá ellos se las arreglarán. ¿No quieren ser mujer? ¡Pues á parir, á ejercer la función más sagrada de la mujer!

Y si no... los mandaba á Tánger, para que los dejaran en poder de los moritos.

¡Estos se encargarían de ponerlos á parir!

Noticias que comunican desde Santander:

“Un empleado del ferrocarril de Montañeda se fugó en unión de su doméstica, teniendo para ello que abandonar á su legítima esposa.”

También se ha fugado un dependiente de una casa de comercio, llevándose en su compañía 5.000 duros.”

¿Quién de los dos va con mejor compañía?

—El dependiente de comercio: no cabe duda.

Con cinco mil duros se compran cinco mil domésticas, suponiendo que siempre se las pague y no se las engañe alguna vez, como es corriente.

Dice *La República del Ferrol*:

“¡Qué lástima que aquí haya venido tan á menos la raza de las clases directoras!

Puerto envidiable; astillero como si la naturaleza fuese contratista de ellos; operarios que aprenden pronto, sóbrios y sufridos; clima que ni buscado de propósito; todo, todo lo tenemos: todo... menos cabezas.”

Y yo creo lo contrario. Como cabezas, las hay.

Sino que tenemos la desgracia de que estén vacías.

Para consuelo de las mujeres solteras sevillanas inserto lo que va á continuación:

“Irlanda puede calificarse el país de las solteras. Hay tantas en la verde Erin, que se creería que los irlandeses habían hecho voto de casarse en Inglaterra ó en los Estados Unidos, á donde emigran en gran número, entre los quince y los veinticinco años.

El último censo publicado revela esta circunstancia: que la mitad de las mujeres de Irlanda de veinte años para arriba son solteras. En el condado de Leinater, de cada 100 mujeres hay 23 solteras ya viejas; en el de Uister existe la misma proporción, y en el de Munster las solteras son el 40 por 100.”

Ahora falta saber si ese 40 por 100 de solteras conserva la soltería digna y castamente.

Porque, si no la conserva, ¡buenas solteras nos dé Dios!

Su soltería es como la mía.

Y ni eso es virtud, ni Cristo que la fundó.

CARRASQUILLA.

Furia eclesiástica

En un telegrama de Barcelona, que publica la prensa madrileña, se da cuenta de haber intentado agredir el obispo Casañas al sacerdote liberal Pey Ordeix, que ha emprendido la noble tarea de castigar con las disciplinas del Cristo á los fariseos y explotadores de la Iglesia papal y romanista.

Raya en locura el desequilibrio y visible descomposición del alto clero ante la actitud de edificante independencia en que se hallan colocados buen número de presbíteros, convocados por propia experiencia de las miserias, falsedades, tiranías y absurdos dogmatismos católicos.

El movimiento hacia la Iglesia nacional pone los pelos de punta á todos los obispos bien avenidos con la política dominadora y despótica del Vaticano.

Y si á esto se agrega la propaganda, cada vez más en auge, de los disidentes de la comunión papal, se explicará el por qué de esa rabia clerical que agita con fiebre chacaesca y ansias de morder á los empingorotados servidores de Rampolla.

El desprestigio de las órdenes monásticas, contra las cuales todos los gobiernos de las naciones cultas dictan leyes, reduciéndolas ó expulsándolas, y las violencias de los diocesanos que, abusando de su autoridad religiosa, atropellan con cinismo asombroso el derecho de los fieles y los fueros de la potestad civil, son las causas que impulsan este general concierto de protesta.

Y es lo notable que la protesta no se determina sólo en el campo adversario, donde los relapsos y los incrédulos laboran, sino que surge principalmente con desusado vigor en el mismo seno de la Iglesia católico-romana.

Los parias del ejército eclesiástico, los militantes que parecían, por el hecho de su ministerio, más incrustados en el molde fósil del clericalismo, saltan rompiendo las cadenas de su esclavitud infame, y dan la voz de alerta al rebaño indocto de fieles irreflexivos, sordos y ciegos.

Ellos van haciendo luz sobre los misterios ominosos de la curia romana; sobre las persecuciones rastreras de los reyzeulos con mitra; sobre las violencias inhumanas de esos logreros ensotnados, que venden al Cristo y rifan los más caros afectos, á cambio de posiciones donde tenga su insaciable medro trono para reinar.

Los atropellos cometidos con Ferrandiz, en Madrid; Fray Ordeix, en Barcelona; Martín Lázaro, en Sevilla; siendo

religioso Alberto Lagasca núm. 9 MADRID

monstruosos por lo injustos, por lo anticarritativos y anticristianos, dan, sin embargo, no más que débil reflejo de los crímenes que hay ocultos contra la razón, la conciencia y la doctrina del Mártir del Golgota.

El vandalismo romanista, que muestra con toda su repugnancia y condenan con todas sus energías los escritos y discursos de los tres sacerdotes citados, constituyen algo más que reveladores indicios de la gran podredumbre é inmoralidad que corroe la llamada Iglesia oficial.

Esta, sin duda por la ley de las afinidades, da igual ejemplo decadente que su protector el Estado. Como él, necesita de una regeneración eficiente, de una transformación radical.

Nueva Sodoma y Gomorra del Antiguo Testamento, atrae con su liviana conducta la tromba de fuego purificador que abraza la roña pasional, cuna donde mece todas sus procacidades.

Casañas, pegando á Pey Ordeix; Spínola, arrojando de su palacio á Martín Lázaro; negando ambos obispos la caridad y la justicia, prueban elocuentemente cómo no precisa de grandes empeños para demostrar que la furia eclesiástica, la satánica soberbia que pierde á Romá, luce, á manera de robusto ingerto, en las tristes figuras de esos autoritarios prelados, que imitan tan perfectamente la bienhechora mansedumbre del humilde Nazareno.

Sigan, sigan, Casañas y Spínola dando esplendor á la Iglesia.

MARCIAL DORADO.

Un drama andaluz

Pasada la Mancha, inmensa, seca, sin ciudades, sin árboles, sin ríos, de línea igual, de sol aplastante, de luz cegadora, surgió Andalucía. La descubrieron las flores á la cabeza y la finura de las líneas femeninas. La descubrieron también las aldeas y los grandes pueblos lejanos, blancos, reflejantes, enormemente enjabelgados; se la conocía en las regulares hileras de olivos, en las mieses rojas, en los sombreros anchos, en el repugnante traje ajustado que enseña las carnes del varón, en el inmenso cielazo de azul alegre....

Pero entrando en las ciudades, en aquellos pueblos largos, grandísimos y antiguos, no es todo luz, ni azahares, ni pasiones calientes, ni rejas, ni guitarras. Todos los viajeros egoístas y felices han corrido, sin duda, esa tierra pensando en amores, en culebros de talles finos, en bailes de caderas y en torsos magníficos de pechos por debajo de brazos arqueados, como esas figuritas preciosas de mayólica alemana....

Todos han buscado la Alhambra con egoísmo de sensaciones deliciosas y de sueños voluptuosos; porque hay entre sus paredes bordadas atmósfera de besos y olores de cuerpitos de mujeres ideales, que salieron del baño, por el mármol adelante, medio envueltas en las pliegosas telas de Cachemira....

¡Todos!... Ningún viajero, de los muchos cuyos nombres he leído, han mirado por los ojos de la verdad cruenta. El paloteo de los bailes, donde se retuercen magníficas caderas, les ha cosquilleado en el alma y les ha hecho exclamar un espontáneo y profundo ¡olé! por todas las cosas de la tierra.... Pero yo lo confieso con absoluta sinceridad: si no se buscan por los rincones inmundos, si no se pone medio en hallarlas, la guitarra y la alegría no se tropiezan á cada paso, como cree la generalidad de las gentes que no han visitado el país. Yo he recorrido por las noches, sólo, calles y más calles estrechas, curioseando, oliendo la pobreza, buscando la emoción de una alegría palpitante y sonora: una de esas alegrías de guitarra y cantares que se estremece en las calles durante las noches magníficas y solemnes de Andalucía.... ¡Pues nada! Cuando más he tropezado, el amor de la reja, murmurante, rumoroso como un roce de faldas aleteadas....

¡Pero el guitarrero?

Como en el Norte hay una naturaleza helada que mata pobres, en el Mediodía hay un sol que les arranca á tiras el pelle-

jo y les hace echar las entrañas por la boca. El sol alegre, el cielo magnífico y azul, los azahares, los patios.... todo eso es hermoso para los ricos. Para los pobres, el sol es cruel y el cielo azul, negro como los dolores.

Por mucha alegría que dé el sol, no puede hacer los milagros que hace el bolsillo bien repleto. Un país donde los braceros ganan la repugnante cantidad de tres reales no puede tener otra alegría que la llorosa y gimoteadora de sus cantares doloridos y de sus tonadas desgarradoras. Y si fuese verdad esa alegría legendaria que se atribuye á los habitantes de aquel hermoso país, peor para ellos, como es peor para el que se deja abofetear. No; en las entrañas, en lo hondo de Andalucía, en el corazón de la bella y graciosa Andalucía, hay una pena tremenda que va á romperse pronto en gritos y convulsiones. De nada sirve todo eso de que Jaén es un inmenso olivar, y de que Jerez es una inmensa bodega blanca, llena de riquezas....

Volvían de no sé qué ferias por aquellos campos luminosos, tres grandes y fastuosísimos carruajes, llenos de mujeres, de flores, de alamares, de sombrillas, de sombreros anchos. Restallaban los látigos, levantaban las piedras los caballazos de sangre.

Yo salía de la fonda, con mi lista para visitar los compradores de mis productos. Una lista raquítica para una ciudad de más de 60.000 habitantes. En el Norte, una población de 15.000 hace un consumo mayor que una de esas grandes ciudades andaluzas. Hay una masa enorme de gente que no puede comprar nada, que no siente el *confort*, que no sabe lo que es una casita, ni un nido....

Yo salía de la fonda, repito, y me detuvo el estruendo de aquel lujo que pasaba á lo largo de la calle. Las gentes salían al balcón, á las puertas de las tiendas. Se levantaban de las sillas los socios de los casinos, que medio adormitaban la vida en la acera entoldada y ancha....

—Los Fulanos, los de Zutano....

Y allá se perdieron los coches por las calles primitivas, destartadas, de verdadero pueblo rural todavía....

Anduve, anduve; me perdí por aquel laberinto de calles sin urbanización. Muchas gentes tomaban la sombra sentadas á las puertas de las casas; por otros sitios reinaba un silencio de ciudad abandonada; crecía la hierba en otras partes.... Un paisano me llevó á las afueras, por entre una nube de polvo legendario de la meseta, y me hizo ver el paisaje triste y vergonzoso de las viñas, atacadas por la filoxera. Volvíamos tostados, deshechos por la bárbara inclemencia de aquel sol de desierto, y pasamos, en busca de negocios, á lo largo de la calle de los casinos. Adormitaban siempre; las tiendas tenían soledad y cansancio; un hombre nos detiene pidiéndonos limosna; después otro....

Pero al cruzar la enorme y luminosa plaza de casas blancas, el tremendo espectáculo de doscientos hombrones cruzados de brazos, sentados ó en corro, esperando en balde la miserable contratación, me estremeció como un escalofrío muy hondo. Todo el itinerario de la ciudad vino de repente delante de mis ojos: las calles destartadas, polvorizadas y anchas, el paisaje de las viñas triste y enfermo, la ancha calle de los casinos adormitada y provocadora, la soberbia plaza blanca llena de manchas rojizas por los montones de hombrones cruzados de brazos....

Entonces, al pasar por una de las aceras, salieron de una casa próxima dos elegantísimas y gentiles mujeres, vestidas de negro, de rica y sonora seda, que cantaba rumorosa á través de la ropa sucia, que se medio apartó solamente para dejarlas paso. Yo ví claro, distinto, un movimiento hondo é inconsciente de hostilidad que corrió toda la acera adelante.... Ya había notado yo, desde que entré en Andalucía, esa misma hostilidad en la manera de servirme cocheros y criados.

Y mi paisano, al señalarle yo aquella escena de las mujeres hermosas, que no arrancarían en la patria de las flores ni un ¡olé! siquiera, me contestó, poniendo la mirada en los campos enfermos:

—Flota en el ambiente un drama enorme desde Manzanares á Cádiz y desde Badajoz á Almería....

R. SÁNCHEZ DÍAZ.

DELINCUENTES

Decid «enemigo» y no «malvado»; decid «enfermo» y no «infame»; decid «insensato» y no «pecador».

Y tú, juez rojo, si dijeres en alta voz cuanto has hecho ya en pensamiento, todo el mundo gritaría: ¡Fuera era inmudicia y ese gusano venenosol Así hablaba Zaratustra.

Federico Nietzsche.

Es para mí la lectura diaria de los periódicos una lección de triste filosofía.

A veces se me caen de las manos. La cólera se apodera de mi alma y siento inmenso desprecio por los hombres y las cosas.

Entonces quisiera vivir en una isla remota, rodeada del mar azul, donde no hubiese teléfonos, ni teléfonos, ni ferrocarriles, ni reporteros....

Si; más valía ignorarlo todo, para no sentir á cada paso conmiseración y odio, pesar y vergüenza.

Tengo comparadas las hojas diarias á la comida que los dueños de las *menageries* suelen echar á las fieras. Sólo que, desgraciadamente para los pobres animales, aquella suele ser escasa, mientras que los órganos de la prensa parecen carnicerías repletas de cuerpos desollados, piltrafas sanguinolentas y afilados cuchillos.

¡Pobres de los que delinquen! ¡Pobres de los que más ó menos lejanamente estén relacionados con el delincuente!

El reporter, que á veces suele ser un *cretino*, no, indaga, obedeciendo mandatos superiores, la vida y milagros de los protagonistas del drama, la mayor parte víctimas irresponsables é inconscientes de la degeneración y la miseria, cuando no del ambiente social en que se mueven y de las bárbaras ideas que les han inculcado en la niñez; y después de mojar la pluma en tinta roja para dar más carácter al relato, llena docenas de cuartillas que han de ser al día siguiente el alimento intelectual de numerosos lectores.

Un día son Cecilia Aznar y su amo los que salen á la vergüenza pública, después de un crimen brutal y perverso, que más que por una mujer, parece haber sido realizado por una pantera.

¡Las fantasías que se hicieron sobre aquella mujer, las cosas que supimos de aquel hombre!...

¡Con qué secreta delectación, disimulada por fingido gesto de repugnancia, se enteraba el público de los secretos de aquel solterón bondadoso, extenuado por el placer, sediento siempre de goces nuevos! No se respetó nada. Se volcó el carro de las inmudicias, se destaparon los lugares más secretos para que las gente aspirasen con fruición en fuertes bocanadas el olor de las letrinas.

¡No son tan raros, no, como se creen, los casos patológicos de que nos hablan los autores modernos de antropología y psiquiatría! Lo que hay es que muchos individuos tienen la suerte de morir sin tropezar con la piedra de toque que ponga al descubierto sus máculas y defectos.

Y demuestra esto claramente esa insana curiosidad de los lectores, ese supremo deleite que experimentan al enterarse de las perversidades que es capaz de sentir la naturaleza humana y que quizás pasaron atormentadoras por sus cerebros, sin tener el valor de realizarlas ó quizás realizaron en secreto.

¡No está la fiera domada! ¡Y lo que es peor aún, no lo estará nunca! No somos ángeles, ni dioses, sino productos imperfectos de la naturaleza. Pesa sobre nosotros la herencia secular de nuestros antepasados....

El día que no hay un crimen sensacional, disminuye el número de los lectores de periódicos. Esto lo saben hasta los chiquillos que se dedican á la venta de papel, y á los cuales, un alcalde, con muy buen acuerdo, tuvo que poner freno, para que no fuesen por esas calles pregando como energúmenos el «crimen de la niña violada» ó «las hazañas de un cura incestuosos».

No soy de los que creen que se ofende la moral con el relato de estos tristes sucesos. Eso queda para los hipócritas que practican secretamente toda clase de vicios, y luego hacen que se escandalizan en público.

Me precio de conocer á los hombres.

Los que más remilgos hacen son los más malos. Esa es la moral jesuítica, esa es la moral cristiana, y yo tengo una idea más elevada de nuestros derechos y deberes.

Yo me río de la moral y la virtud de nuestros obispos, de nuestras encopetadas damas y de

nuestro respetables jueces. La princesa Luisa de Sajonia, la Caraman Chimay y Madame Humbert me merecen mucha más consideración y respeto que las pudibundas señoras que se confiesan todas las semanas y se asustan de ir á ver al teatro los dramas y comedias, que con más aplomo y propiedad representan ellas á diario en el mundo.

No creo, pues, vuelvo á repetir, que se ofenda la moral con el relato de esos crímenes. Como tampoco creo que sean inmorales las novelas de Zola, las cuales, lejos de incitar al mal, dejan una inmensa amargura en el alma y una profunda tristeza.

Estamos en la edad de las *demi-vierges* y de los niños góticos, que, apenas tienen uso de razón, escupen por el colmillo. Con lo que ellos saben se darían por contentos muchos individuos que peinan canas.

Lo que me causa profundo tedio, es el cruel ensañamiento con que se trata á los desgraciados; es la retabla de epitetos perversos con que se les insulta, es la insana curiosidad del público, delatora de un estado morboso capaz de los mayores extravíos.

Es esto además un síntoma doloroso de ignorancia y barbarie. «Si todo se comprendiera —dice Victor Hugo— todo se perdonaría».

Pero aquí nada se comprende y por eso nada se perdona.

¡Pobres locos, pobres enfermos del cuerpo y del alma, lejos de excitar la compasión y la piedad, os llevan al suplicio y os cuelgan de la picota!...

La última protagonista de la crónica negra es Ramona San Miguel, un dipsomaniaca, presunta autora de la muerte dada á su marido José Varela.

Para satisfacer la insaciable curiosidad del público, los periódicos recurren ahora á la información gráfica.

Por ahí anda en estos momentos la *efigie*, idiotizada por el alcohol, de la desgracia Ramona San Miguel.

Por ahí va también el retrato de su hijo Rafael Varela, que ya tiene asegurado el porvenir, primero en el Asilo y después en nuestros presidios de África.

Esto es un refinamiento cruel, esto es una cosa peor que el crimen que se le imputa á esa mujer; al fin, solo obró impulsada por un trastorno cerebral, debido al exceso de alcohol.

El *ABC*, que es la última palabra en esta clase de periódicos, publica también el retrato de unos cuantos golfos durmiendo amontonados en las gradas de una Iglesia.

Eusebio Blasco se conduce en una crónica de que este suceda en la capital de un país civilizado. ¡Qué hermoso tema para una composición anarquista!

La casa de Dios, cubierta de esteras y de alfombras, vacía, y los hijos de los hombres muriéndose de frío en las gradas del templo cerrado.

Cuando esos golfitos se hagan hombres y maten y roben, se escandalizará la gente. ¡Con qué s años los sentenciarán entonces los jueces! ¡Cómo tronarán los curas en el púlpito contra la incredulidad de los tiempos y el poco temor de Dios! ¡Cómo se estremecerán de horror las damas de que nos hablan las crónicas elegantes! ¡Qué satisfechos quedarán los burgueses honrados cuando suba al patibulo el criminal!

Y sin embargo, si todos esos hipócritas dijese en alta voz cuanto han hecho ya materialmente, ya en pensamiento, todo el mundo gritaría: —¡Fuera esa inmudicia y esos gusanos venenosos!

CONSTANTINO PIQUER.

TEATROS

SAN FERNANDO

Anoche se estrenó en el coliseo de calle Tetuán *La dicha ajena*, obra cómica en tres actos y un prólogo, escrita por los jóvenes y aplaudidos autores sevillanos don Joaquín y don Serafín Álvarez Quintero.

El éxito nos pareció excesivamente frío; pues al final de los actos, incluso del tercero y último, solo se levantó una vez el telón.

Y es el caso, que si el prólogo pasó desapercibido, y el acto tercero resultó cándido, en los actos primero y segundo el público pareció complacido por la ingeniosidad y acierto con que están aquellos dialogados, la fidelidad con que se esbozan algunos tipos y la gracia con que se les hace hablar y producirse en escena.

No creemos nosotros que *La dicha*